

CAPÍTULO V

INDEPENDENCIA, EMANCIPACIÓN Y MODERNIDAD LIBERAL

1. Unas frágiles nacionalidades	59
2. Las reformas liberales y la modernidad democrática	61
3. Ruptura y continuidad	63

CAPÍTULO V

INDEPENDENCIA, EMANCIPACIÓN Y MODERNIDAD LIBERAL

De 1808 a 1826, los espacios coloniales ibéricos vivieron trastornos profundos. El imperio español dio lugar progresivamente a una quincena de Estados-naciones, mientras que, Brasil paso de la tutela portuguesa, a una independencia bajo un régimen monárquico constitucional fundado por la casa de Braganza en exilio. La causa directa de esta evolución fue la invasión (1807) de la península ibérica por las fuerzas napoleónicas que sometieron a España y a Portugal. El vacío político así creado, entre las colonias y sus metrópolis, dio lugar al surgimiento de movimientos independentistas latinoamericanos. Al mismo tiempo, los intereses hegemónicos británicos favorecieron las aspiraciones republicanas de las elites criollas, esperando asegurarse así, futuros mercados y socios comerciales. Pero ¿fue la formación de los Estados independientes una oportunidad para emancipar a las masas indígenas, negras y mestizas? ¿La ruptura con la metrópoli y con los intereses ibéricos permitió una rápida transición hacia una modernidad política y económica? Al contrario, éste no fue más que un proceso lento, caótico y contradictorio, ligado a la constitución de nacionalidades frágiles de donde surgieron las aspiraciones libertarias que se enfrentaron a los actores sociales corporativistas, presentes durante tres siglos de colonización.

1. *Unas frágiles nacionalidades*

Al final del siglo XVIII los espacios coloniales ibéricos fueron el escenario de una sorda lucha entre elites blan-

cas. En efecto, todas las estructuras administrativas se encontraban en manos de los españoles y de los portugueses, mientras que, los criollos nacidos en América, aunque de raza blanca, eran mantenidos al margen del poder. Sin embargo, las nuevas ideas surgidas de las revoluciones americana (1776) y francesa (1789) penetraban poco a poco, con los libros difundidos clandestinamente gracias a los intercambios comerciales amplificados por las reformas borbónicas y pombalinas. El vacío creado por la desaparición momentánea de los mecanismos de control político metropolitano, a raíz de la invasión napoleónica (1807), suscitó los movimientos de independencia. Éstos fueron dirigidos por la burguesía comercial criolla, apoyados por los mestizos que combatieron los ejércitos españoles. Simón Bolívar, José de San Martín y Antonio José de Sucre fueron los héroes en las luchas antiespañolas para el sur del continente, a los que correspondieron para la Nueva España, los padres Miguel Hidalgo y José Morelos, así como los generales Agustín de Iturbide y Antonio López de Santa Anna. Al sueño bolivariano de mantener una América española unida, sucedió una rápida fragmentación del continente en unos quince Estados. A excepción de Brasil, que alcanzó a guardar su unidad y a la vez defender sus fronteras del sur, el resto de los Estados-naciones en formación vivieron durante la primera mitad del siglo XIX años inciertos y violentos. Una vez vencido el enemigo español, las burguesías criollas se enfrentaron, desplazando las capitales a merced de sus hegemonías y modificaron las fronteras según las victorias y derrotas en las batallas libradas con sus vecinos. Nacidos en condiciones similares, todos los países adoptaron un régimen republicano, con excepción de Brasil que lo hizo a fines del siglo (1889). Sin embargo, mientras que nacía una prensa de opinión, la práctica de la democracia electoral fue reservada para las elites alfabetizadas. De hecho, la situación evolucionó poco para las masas rurales, indígenas y negras. El poder osciló de la elite liberal a su hermana conservadora. El centralismo republicano y el autoritarismo triunfaron sobre el federalismo y la demo-

cracia, sin realizar una reforma a profundidad. Las elites criollas temían sobre todo la irrupción de lo que llamaban las chusmas indígenas y negras, al favor de la anarquía reinante. La emancipación haitiana (1804) proveía un precedente que había marcado sus espíritus. En el continente la guerra de castas, como la de Yucatán, bien podía amenazar a las jóvenes nacionalidades en manos de las elites blancas y mestizas; por lo tanto, el proyecto liberal se diferenció poco del modelo conservador en relación al control político de las masas. Éstos se distinguían más bien, uno del otro, por el modelo económico a adoptar. Los primeros defendieron sobre todo la apertura comercial hacia Inglaterra, los segundos, deseaban un desarrollo económico endógeno. Pero los dos, en definitiva, acordaron mantener un *status quo* que protegía los intereses de la Iglesia, del ejército y de las corporaciones. Ahora bien, las grandes porciones de tierras en manos de la Iglesia y los privilegios corporativistas de los grupos indígenas heredados del derecho colonial que los protegían, representaban un freno a la modernización económica de las jóvenes naciones. El desarrollo comercial todavía restringido, experimentado poco a poco, suscitó nuevas ambiciones en el seno de ciertas elites criollas y mestizas. Entre éstas, un liberalismo radical prosperó hacia mitad del siglo y estimuló las reivindicaciones de reforma política y económica. Un movimiento de reforma liberal triunfó sobre los tímidos intentos de los liberales de la primera generación, mantenidos constantemente bajo presión por los conservadores y la Iglesia.

2. *Las reformas liberales y la modernidad democrática*

Hacia mediados del siglo XIX, un viento de reforma sopló al momento en que los ejércitos liberales conquistaban el poder. Estas minorías políticas y sociales, armadas, impusieron a las masas y a los actores sociales tradicionales (Iglesia y corporaciones) las constituciones liberales y los principales derechos que las acompañaron: la libertad de voto, de asociación, de prensa, de culto;

la escolaridad obligatoria y la secularización de las instituciones públicas; sobre todo la propiedad privada y la separación de la Iglesia y del Estado.

Esto provocó profundos trastornos: la Iglesia perdió definitivamente la fuerza económica y momentáneamente su influencia política. Los indios fueron desposeídos de sus derechos colectivos sobre la tierra. El ejército, la justicia y el clero no se beneficiaron más de sus privilegios jurídicos tradicionales (fueros). La esclavitud fue abolida a nombre de los principios democráticos y el derecho de voto para todos fue inscrito dentro de las constituciones; sin embargo, éste fue poco practicado en la realidad. Más que una democratización de la vida pública, se realizó una redistribución del poder en favor de las elites liberales que no tardaron en aliarse nuevamente con sus predecesores recientemente desposeídos. Estos liberales que se habían asegurado del control del aparato del Estado por las armas, buscaron enriquecerse y apropiarse de las tierras retiradas a la Iglesia y a las comunidades indígenas. Un neolatifundismo sustituyó el antiguo régimen de la tierra. Asimismo, los privilegios comerciales cayeron en manos de las nuevas elites que, progresistas, promovieron un desarrollo copiado con base en los modelos europeos y norteamericanos.

El continente latinoamericano se transformó así de manera espectacular durante el último tercio del siglo. Las vías férreas ligaron a las principales ciudades del interior a los puertos o, como en el caso de México, con la frontera norteamericana. Se estimuló una economía de exportación de materias primas e importación de bienes manufacturados. Las infraestructuras portuarias y urbanas se modernizaron. Las escuelas primarias, secundarias y superiores pretendieron formar a los nuevos actores de la modernidad económica y política. Una clase obrera en formación surgió poco a poco, mientras que la inmensa mayoría de las poblaciones rurales subsistió en un estado de semiservidumbre y de extrema precariedad económica. El orden y el progreso, como decía el *slogan* positivista de los liberales conservadores (como éstos solían llamarse) no favoreció al final más que a una pequeña porción

de la población. Esta lucha de la "civilización contra la barbarie" (Sarmiento) era muy desigual. Pues, las nuevas elites en el poder se aliaron con el capital extranjero y con las jerarquías tradicionales, comenzando por la Iglesia con la cual llevaban una política de conciliación de intereses, tolerando el irrespeto de los principios liberales más fundamentales en materia de cultos. En un contexto como éste, las reformas liberales inscritas en las leyes fueron difícilmente respetadas en los hechos. Una brecha se abrió entre el país legal y el país real. Ésta, es sin duda una de las características principales del nuevo orden político liberal, que triunfó a finales del siglo XIX y asentó su poder sobre la ambigüedad terminológica. Entre el concepto de democracia liberal inscrita en la ley y la realidad social y política se inscribía una escisión que fue más que un desfase entre la palabra y la acción. Mientras que la práctica del voto se decretaba, las elecciones eran falseadas; mientras que las redes escolares se ampliaban, las masas quedaban analfabetas; mientras que la propiedad privada era un derecho universal, sólo una minoría se apropiaba de los bienes y de los servicios.

3. *Ruptura y continuidad*

La modernidad a la que aspiraban las elites latinoamericanas del siglo XIX fue impuesta a las masas. Su principio fue la economía de mercado y la inserción del continente en la división internacional del trabajo, donde encontró su lugar como exportador de materias primas y como consumidor de bienes manufacturados y de servicios provenientes de Europa y luego de los Estados Unidos. A la antigua dependencia de las metrópolis ibéricas se sustituyó una nueva, que no fue solamente fruto de los intereses económicos y políticos de los anglosajones. Ésta provenía sobre todo de la voluntad de las elites políticas y económicas de los Estados independientes. Estas elites fueron, los agentes privilegiados de una segunda conquista, ligada a la imposición de la propiedad privada y a la liberación de la mano de obra, sin más trabas

corporativistas. En la medida en que las tierras fueron puestas en venta, por primera vez en la historia, las colectividades indígenas se vieron seriamente amenazadas. Es entonces, cuando comenzó un lento trabajo de desestructuración de las identidades indígenas. En efecto, la pérdida de la territorialidad llevaba, dentro de un plazo más o menos cercano, a la disolución de la identidad étnica.

Aquí reside el dilema de la modernidad latinoamericana del siglo XIX. La ruptura con los modelos coloniales corporativistas y la adopción de constituciones republicanas y liberales, pusieron en duda el orden y los privilegios tradicionales que ofrecían a las masas indígenas una real protección dentro de un orden social piramidal. En cambio, los liberales radicales deseosos de romper con la herencia colonial, pretendieron ofrecer a los indios "la posibilidad de aprender a leer y a escribir, en lugar de quemar cirios", como lo diría uno de ellos, un indio zapoteco mexicano Benito Juárez. Siendo éste el primer y el último presidente indio de México, fue ciertamente el símbolo del indio redimido por la modernidad liberal, un ciudadano de una república moderna; dentro de la concepción de las minorías liberales radicales, el indio Juárez, abogado, de frac negro, se encontraba a la antípoda de otro indio surgido de la cultura sincrética colonial, Juan Diego, de huaraches y de calzón blanco, arrodillado a los pies de la virgen de Guadalupe.

Pero Juárez constituyó un caso aislado y las asociaciones modernas y liberales (logias francmasonas, sociedades protestantes, círculos espiritistas y asociaciones de ayuda mutua), no pudieron hacer surgir en el seno de las masas, la cultura política de la modernidad democrática. Al contrario, como lo ha manifestado recientemente Carlos Fuentes "criollos y mestizos concluyeron la obra de los conquistadores españoles, sometiendo al indígena a explotaciones peores que las de la colonia".⁷ Sin más protección jurídica que los principios constitucionales libera-

7 Fuentes, Carlos, *Valiente mundo nuevo, épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

les, el indio fue transformado en un individuo sin defensa, analfabeto, eterna minoría en una sociedad de estructura piramidal como la anterior. En la base de la escala social, el indio étnico devino, poco a poco, en indio proletario, sometido a una explotación despiadada, realizada por las mismas elites blancas y mestizas.

Lo mismo sucedió con el negro. La supresión de la esclavitud se impuso progresivamente sobre toda la extensión del continente. Pero el esclavo negro perdió la relativa protección de que gozaba al seno de la gran propiedad. Éste se convirtió en un trabajador "libre", pero obligado a vender su fuerza de trabajo a un precio bajo.

La trágica condición de las masas indígenas y negras, contrastaba frente al optimismo de las elites inclinadas al positivismo, confiadas en que la ciencia les permitiría sobreponerse al retraso provisional de las sociedades latinoamericanas en contraste con Europa y los Estados Unidos. Este progreso llegó por cierto con el ferrocarril y las demás innovaciones técnicas. Éste fue ciertamente impuesto con orden, por los dictadores liberales conservadores tales como Porfirio Díaz (1876-1911) en México o Antonio Guzmán Blanco (1870-1887) en Venezuela. El progreso impuesto fue en beneficio casi exclusivo de las elites, manteniendo un modelo autoritario de dominio sobre las masas empobrecidas. Pues, esta modernidad por decreto, no se fundó sobre ninguna reforma de las prácticas y mentalidades tradicionales. Las reformas liberales no tuvieron otro lugar que los textos abstractos de las constituciones. Ningún movimiento de reforma religiosa, intelectual y moral acompañó el enorme ímpetu político del liberalismo radical. ¿A caso, no fue por esto, que este liberalismo se transformó en conservador? Es cierto, que ningún catolicismo democrático y liberal pudo consolidarse y acompañar el proceso. Por el contrario, la Iglesia se convirtió poco a poco, en ultramontana y antiliberal. El anticlericalismo fue por lo tanto la respuesta del liberalismo radical a la intransigencia de la Iglesia frente a las reformas políticas propuestas. Al mismo tiempo, este anticlericalismo reveló la incapacidad

de las minorías liberales para atender a las masas a fin de regenerarlas como lo pretendían. Éstas quedaron desesperadamente en manos de la Iglesia, seguras y protegidas, en la desgracia económica que las marginaba. Es por esto, que sin ninguna perspectiva de una reforma religiosa, intelectual y moral, el camino parecía trazado hacia la convergencia autoritaria de las minorías en el poder y de los actores sociales tradicionales, en particular, la Iglesia, única institución capaz de ejercer un verdadero control sobre las masas. Asimismo, en todos los países latinoamericanos, el siglo XIX finalizó con un regreso a la alianza del trono y del altar, alianza que reforzó la hegemonía de las elites liberales europeizadas, en detrimento de la emancipación y del progreso de las poblaciones indígenas y negras. Las emancipaciones políticas del principio de siglo, no habían hecho más que reforzar la herencia colonial, pero ya sin la protección del derecho colonial. Peor aún, ya que las elites liberales habían instaurado esa trágica distancia entre el discurso y la realidad, que da, incluso hoy día, una dimensión surrealista a los históricos patriarcas, a estos dictadores de los que nos hablan, con tanta inspiración, las novelas latinoamericanas contemporáneas.